

— 272 —
a subir, por una caridad firme é
tercer grado de los hijos, quienes
de su padre, para recibir de
y semejanza de ese Padre celestial, ima-
nos invita á conformarnos, cuando
perfectos como lo es vuestro Padre celestial.

Los dos primeros grados de temor y de esperanza,
algunos de piedad se interrumpen algunas veces
al relajamiento, ó la alegría ó el placer hacen per-
hasta el infierno ó los bienes celestiales. Sirven sin
para hacernos adelantar poquito á poco, pues
á huir el vicio por el temor ó por la esperanza,
hasta por fin hasta la caridad. Así, pues, debemos
en pasar bien pronto del temor á la esperanza,
de la esperanza al amor, á fin de que teniendo un afecto
y verdadero para el bien, permanezcamos más fir-
adheridos á él. Pues hay grande diferencia entre
que rechaza los ardores del pecado por el temor del
castigo ó por la esperanza de la recompensa eterna, y el
que conserva la castidad, por ejemplo, por el gran deseo
que tiene de una pureza espiritual. El alma que se halla
en este último estado, no se deja llevar por los atractivos
y las ocasiones del pecado, aún cuando nadie la vea; no se
deja sorprender por las más secretas complacencias del
mal que se pueden introducir en el pensamiento, porque
su amor muy sincero por la virtud no solo echa de su co-
razón todo lo que le es contrario, sino que aún lo detesta
con un horror extremo. Por fin, no dejar el bien por el
amor del bien mismo es mucho más perfecto que no con-
sentir al cual por el temor de sufrir el mal. En el primer
caso, el bien es puramente voluntario; en el segundo, es
como hecho por fuerza, pues se hace por el temor del cas-
tigo ó por el deseo de la recompensa. Así este se halla fre-
cuentemente atacado por sus malas inclinaciones, por que

Tome II.



L'Abbe Dnyuse.

El Abad Dnyuse.

ne posee esa paz firme que nace de la sincera caridad.

El abad Cheremón usa enseguida de una comparación para hacer comprender mejor la diferencia de estos dos estados. « Aunque un soldado, dice, sea en extremo valiente, y dé con frecuencia batidas mortales á sus enemigos, es imposible que combatiendo tanto, alguna vez no sea tambien él mismo vulnerado. Pero aquel que se pasea por encima los ataques de los vicios refundiendo todas sus inclinaciones en el solo amor del bien, fácilmente conservará el estado de virtud á donde Dios lo ha elevado, pues creerá que para él no hay mayor pérdida que la de su alma. Esto es lo que él guarda como su mayor y más precioso tesoro; y la menor violación de sus virtudes, ó el menor contagio del vicio es para él el mayor de los males.

« La presencia y el respeto de los hombres, continua, aumentará la modestia de esta persona, y la soledad no la disminuirá. Su consciencia es su ley que la tiene presente en todo tiempo y lugar. La consulta y la interroga como á censor y testigo, no solo de todas sus acciones, sino tambien de todos sus pensamientos, y su única ocupación es de agradar á este árbitro interior que jamás se puede evadir ni engañar. El abad Cheremón hace después una reflexión que no sabríamos omitir aquí y que demuestra como la verdadera caridad, que reforma el alma á imagen de Dios, está estrechamente unida con el amor del prójimo y solo inspira sentimientos de dulzura y de misericordia para él, á imitación del Padre celestial, que hace resplandecer su sol sobre los buenos y los malos.

« Aquel, dice, que por este amor de hijo habrá llegado á ser imagen y semejanza de Dios, amará y practicará el bien por encontrar en él su alegría; é imitando á Dios en su paciencia y en esa dulzura que ejerce con los malos, no se verá agitado de la cólera contra los pecados de los hombres; sino que la compasión que tendrá de su fragili-

dad lo llevará más bien á suplicar á Dios que les perdone. Se acordará que él hubiera caído en los mismos desórdenes, si la misericordia de Dios no lo hubiese protegido: que no es él mismo el que se ha librado de esos vicios, sino la gracia y la protección de su Salvador: que por tanto, no debe ser severo contra los defectos de aquellos que están en el error, sino bondad osu y compasivo. » Consejo muy útil á aquellos que estándo encargados del cuidado de las almas, ó empleados en el sagrado ministerio de la reconciliación de pecadores, llevan al efecto el nombre de padres cuyo caracter deben conservar por un celo acompañado de dulzura y de compasión, mas bien que de amargura y de un rigor más propio para hacer desfallecer á los pecadores que para sacarlos de sus errores.

El abad Germán tomando la palabra, le dijo: « Es cierto, Padre mio, que todo lo que acabais de decir relativo al perfecto poder de Dios es grande y magnífico. Pero parece que ensalzando tanto la caridad, por otro lado menospreciáis el amor de Dios y la esperanza de las recompensas, como siendo motivos demasiado imperfectos; y parece que en esto no concordais con David, que dice; *Vosotros todos, los santos de Dios, temed al Señor* (Psal. 32); y en otra parte: *Yo he abatido mi corazón para obedecer eternamente á vuestros mandamentos, á causa de la recompensa que por ello espero* (Psal. 118). »

« La Escritura, respondió el abad Cheremón, escita á los hombres á los diferentes grados de perfección, según el estado y la fuerza de cada alma en particular. Esto es lo que el Evangelio nos demuestra claramente en la diversidad de beatitudes que nos propone; y como san Pablo nos lo hace notar, el esplendor del sol es diferente del de la luna y de los otros astros, y aun el de un astro es diferente del del otro. En fin, mientrasque el Profeta rey llama: *Bienaventurados los que temen á Dios*, san Juan dice, que

la perfecta caridad ahuyenta el temor. Veis, pues, que según la Escritura, la perfección tiene diferentes grados, que Dios nos invita á subir de un grado elevado á otro que lo sea más; es decir, que aquel que ya es dichoso y perfecto en el temor de Dios, marchando, como dice David, de virtud en virtud, y pasando de perfección á perfección, se eleve por su ardor y por su alegría del temor á la esperanza, de la esperanza á un estado aun más dichoso, que es el de la caridad; á fin de que siendo ya perfecto en cada clase, ella lo vuelva más perfecto de lo que era antes.

« Así es como san Pablo, prefiriendo la caridad al temor y á la esperanza, después de haber hecho una larga numeración de los dones espirituales, dice que ella es sin comparación más excelente que todo lo restante; y antes de describir los efectos de la caridad, empieza con estas palabras: *Pero yo os quiero enseñar un camino aún más perfecto* (1 Cor. 13.)

« Mas hay un otro temor al cual uno se eleva por la caridad, cuando se encuentra establecido en esta virtud: temor que no viene ni del horror á los suplicios, ni del deseo de la recompensa; sino de la grandeza misma del amor, semejante al que tiene el hijo por el padre, el hermano por el hermano, el amigo por el amigo, y la esposa por su esposo, que lleva á todas esas personas á respetarse y amar se mutuamente, no por la aprensión de las penas ó de los reproches, sino por el solo temor de lastimar la amistad en lo más mínimo. De este temor habla Isaias cuando dice: *Las riquezas de la salud son la sabiduría y la ciencia; pero el temor del Señor es su tesoro* (Isai. 33.) Hay, pues, diferencia entre este temor al cual nada falta y en el cual está el tesoro de la sabiduría y de la ciencia, y este otro temor imperfecto que no es más que el principio. De este temor habla también el mismo Profeta, cuando describiendo los siete dones del Espíritu Santo que llenaron á Jesucristo hombre y Dios en

el momento de su encarnación, después de haber dicho: *El espíritu del Señor descansará sobre él, el espíritu de sabiduría y de inteligencia, el espíritu de consejo y de fortaleza, el espíritu de ciencia y de piedad*; añade por fin, como coronamiento de todos estos dones, *y el espíritu del temor del Señor lo llenará*. No dice que este espíritu del Señor *descansará sobre él*, como lo había dicho de los otros dones, sino *que lo llenará*; pues, la extensión de esta virtud es tanta, que cuando se encuentra en un alma, la posee toda entera. Ella mueve, ella anima sin cesar el corazón que una vez ha ocupado sin debilitarse jamás por la alegría pasajera y por los vanos placeres de este mundo, por los cuales este temor servil muy inferior á la caridad, se deja con frecuencia arrastrar. »

Habiendo el abad Cheremón hablado así de la caridad perfecta, el abad Germán tomó pié en ello para suplicarle les hablase también de la castidad; y esto lo hizo después que hubieron tomado la frugal comida á la costumbre de los solitarios. En esta segunda conferencia, sobre la cual no nos extenderemos para evitar el ser demasiado difusos, este santo Abad explica al principio estas palabras de San Pablo: *Mortificad vuestros miembros que están sobre la tierra* (Coloss. 3), y hace ver que este cuerpo de pecado, que el mismo Apostol dice en otro lugar *que se debe destruir á fin de que no nos sirvamos más de él para el pecado* (Rom. 6), está compuesto de muchos vicios que son como las miembros, y que todos los pecados que se cometen por pensamiento, por palabra y por acción parten de este mismo cuerpo. San Pablo, añade, explica cuales son los miembros de este cuerpo, por las diferentes especies de pecados que se cometen contra la virtud de la castidad, á los cuales también añade la avaricia. Mas como se puede estirpar la avaricia, como muchos han hecho renunciando todos los bienes de la tierra, así también se puede estirpar

el vicio contrario á la castidad, no siendo creíble que san Pablo haya querido juntar una cosa imposible con otra que fuera posible.

Es necesario, no obstante, convenir en que el trabajo del hombre no basta para adquirir esta hermosa virtud, y que sólo la gracia de Dios la puede conceder. Por una parte se debe perseverar en los ejercicios de la mortificación con una paciencia infatigable; y por otra, se debe esperar que Dios, teniendo piedad de nuestra aflicción y de nuestra pena, nos libraré por su gracia y por su misericordia de la tiranía de la carne.

« Animémonos, pues, dice, á la investigación y amor de este virtud, y tengamos por ella la misma pasión que los avaros tienen por las riquezas, los ambiciosos por los honores, y los voluptuosos por los objetos de sus deseos.

« Aquellos que tienen la dicha de ser elevados á esta virtud, de suerte que ya no sientan las tentaciones contrarias, no obstante no deben concebir sentimientos de presunción y dejarse seducir por una falsa confianza. Deben perseverar en la humildad, y acordarse siempre que si Dios los abandonase por un momento, muy pronto sufrirían graves caídas; lo que les debe mover á aplicarse á la oración en los sentimientos de un corazón contrito y humillado.

« En cuanto á aquellos que sufren la tentación, no se deben dejar abatir, ni considerar esta guerra como un motivo de desfallecimiento. Pues no es tan contraria al hombre que no le pueda ser útil para conservarlo en los sentimientos de humildad y hacerle acordar de lo que él es.

« Los diferentes medios para reportar victoria en esta funesta guerra, son: 1º Sustituir los deseos de la tierra y las afecciones bajas con los deseos más puros y las afecciones más santas. Arrojemus del corazón los deseos de la carne, y pongamos en su lugar las afecciones espirituales, á

fin de que nuestro espíritu estando lleno de estas, rechace con menosprecio los atractivos de los placeres ilícitos para dar entrada á un placer santo y lícito.

« 2º La paciencia es también un excelente medio; pues cuanto un hombre se perfecciona en la dulzura y en la paciencia interior, tanto más adelanta en la pureza, y se va consolidando en esta virtud á proporción que ahoga la pasión de la cólera.

« 3º En una palabra, por la fidelidad á la mortificación, por el cuidado de desasir el espíritu y el corazón de los objetos terrestres y de las afecciones depravadas por la dulzura y la paciencia tanto interiores como exteriores, y sobre todo por la convicción sincera que sin el auxilio del Señor no sabríamos conservar esta grande virtud, es por lo que, con la ayuda de Dios, nos podemos elevar á ella de una manera tan perfecta, que mientras aquellos siguen el vicio contrario buscando sus funestas delicias en la carne, nosotros concebimos gran horror á ellas y ponemos todo nuestro gozo en una vida pura y evangélica. » Tal es el compendio de esta conferencia.

Pero no sabríamos omitir un ejemplo que el abad Cheremón relata aquí sobre la dulzura y la paciencia cristianas. « Había dice, en Alejandría un santo viejo que estaba tan bien cimentado en esas virtudes por las cuales uno se pasea generoso sobre las tentaciones y revoluciones de esta vida, que hallándose un día asediado por todos lados de una multitud de infieles, que lo cubrían de injurias y oprobios, como le repitieran sin cesar por risa é insultando su fe: que milagro ha hecho ese Cristo que vos adorais? les respondió: « El gran milagro que ha hecho es que cuantas injurias vosotros me haceis no me han tocado, ni me tocarían tantas cuantas me hicierais ¹. »

¹ Aquí no hablamos de la décima tercera conferencia de Casiano, que es la tercera del abad Cheremón á quien presta sus propios sentimientos

EL ABAD NESTEROS¹

Gazeo, en sus *Comentarios sobre Casiano*, confunde al abad Nesteros de quien vamos á hablar, con otro solitario del mismo nombre de quien se hace mención en la vida de san Pemenio, al cual Cotelier llama el Cenobita, porque moraba en un monasterio. Ese que Casiano hace hablar en sus Conferencias, que dice haber sido un hombre eminente en todas las cosas, y muy ilustrado en la ciencia de los Santos, era más viejo y habia tenido amistad con san Antonio. Su distinguida virtud le habia dado el sobrenombre de gran Nesteros; pero no por eso se dedicaba menos á evitar los lazos de la vanagloria. Sobre lo cual se cuenta de él, que paseándose en el desierto con otro hermano, vieron un dragón y se dieron á la fuga. El hermano le dijo: « Porque, Padre mío, vos también os espantais? » — « Yo no temo, le respondió; pero, hijo mio, me es más útil huir, porque de otra manera no hubiera evitado la vanagloria. »

sobre la gracia. Habla como buen católico al principio de esta conferencia, de la misma confesión de san Próspero quien lo combatió, confesando que no solamente el principio de nuestras buenas acciones, sino también de nuestros buenos pensamientos, viene de Dios, quien nos inspira el principio de una santa voluntad, y la fuerza y la ocasión para hacer las cosas que deseamos; pero en el curso de la conferencia se aparta de la doctrina católica, diciendo que el principio de la buena voluntad viene algunas veces de nosotros mismos. Por esto sus escritos por el decreto del papa Gelasio se han considerado como apócrifos. Esto no obstante no ha impedido que prescindiendo de sus errores, hayan sido muy celebradas sus obras las cuales como dice *Bulteau*, están llenas de excelentes instrucciones para los religiosos, viéndose brillar en ellas mucho espíritu y elocuencia.

¹ Casiano, Cotelier.